

ataduras; y se aplica à todo exercicio vil.

Hablar prop. Simpatía.

Ele. Aquella virtud oculta, que se despierta al proponerse, ò ocurrir el objeto.

Hablar prop. Rufián.

Ele. El que tiene estrechos confesjos con las personas, que busca como inducir las à hacer la voluntad de otro.

Hablar prop. Prodigio.

Ele. El que gasta sin freno alguno, ni reserva.

Hablar prop. Oriente.

Ele. La parte, donde sale el Sol.

Hablar prop. Corazon.

Ele. Dulcísimo albergue de todos los pensamientos, ò cuydados. Y hay tambien le Metaphora.

Hablar prop. Alto.

Ele. Elevado de la llanura.

Hablar prop. Apetito infaciable.

Ele. Apetito, que à ningun termino está contento; sino que siempre desea ir mas adelante.

Hablar prop. Labrador ocioso.

Ele. Labrador, que no ayuda los frutos futuros de las bestias, de las tierras, y de las fatigas pasadas.

Hablar prop. Viejo.

Ele. Aquel, à quien casi se le ha ido del cuerpo el calor natural.

Hablar prop. Muger.

Ele. En el cuerpo delicada, y

blanda; en el animo timida, y medrosa, de fuerzas corporales ligeras; de voz agradable, de movimiento de los miembros suave, menesterosa de gobierno de otro; naturalmente deleznable, y facil à inclinarse, ò humillarse.

Hablar prop. Agua clarísima.

Ele. La que sin tener en sí mezcla alguna, muestra clarísimo su suelo; de modo, que quien no tuviera otro que hacer, podría contar todas sus mas menudas arenas; y el que entra se en ella desnudo, no estaria mas escondido, que lo está una rosa encarnada dentro de un vidrio cristallino.

Indignacion de un Padre contra una Hija; hallada en una falta vergonzosa, descrita de este modo. Americo puso veneno en un vaso con vino, y le dió à un amigo suyo, y con él un cuchillo sin vaina, y le dixo: Anda, vé con estas dos cosas à la Violante, y dile de mi parte que elija, y tome prontamente una de las dos muertes, que quiera; ò la del veneno, ò la del acero; pues, de otra fuerte, la haré quemar delante de todos los Ciudadanos, como ella se lo ha merecido. Hecho esto, tomarás el niño, que pocos dias ha parió ella, y estrellandole en la pared, la cabeza, hechale à los perros, que se le coman.

CAPITULO VI.

Como deva valerse de las Elegancias el Orador; y que uso deva hacer de ellas.

§. I.

Que en las Oraciones Declamatorias el uso de las Elegancias deve ser muy moderado.

Como los Sermones, y las otras Oraciones Declamatorias se hacen al Pueblo, de aqui nace la inevitable necesidad de haver de ser moderado el Orador en el primoroso vestido de los atavios de las Elegancias; y la razon es, porque, aunque las Elegancias, tomadas una à una de por sí, no excedan la inteligencia popular; sin embargo, la continuacion, y demasfiada frecuencia de ellas, no es popular, no pudiendo llevar el Pueblo el peso de tener tan fixado el entendimiento, que le obligue à haver de recoger siempre el sentido propio. A mas de que, al paso, que semejantes ornamentos acarréan gracia al Orador, muchas veces se le debilitan, la hacen afectada, y disminuyen la fé, ò credito à las palabras del Orador: el qual, si ha de usar la divina palabra à fuer de espada de dos filos, aguda, afilada, penetran-

te; no ha de vestirla con tantas flores, que cubierto con ellas el corte, y la punta, no sea à proposito para herir. Y en efecto las Elegancias introducidas con uso inmoderado para solo, y simple adorno, retardan el curso de la Oracion, y hacen que vaya lenta, y que pierda aquel fuego, aquella vehemencia, que aprovecha mucho, tanto para la persuasion, como para la mocion de los afectos; y de aqui, nace el hacer pobre de fruto la divina palabra.

Por lo dicho hasta aqui pueden conocer todos el engaño de aquellos Predicadores, que ponen su principal estudio en la raridad de los vocablos, en lo selecto de las elegancias, y en el destemplado apetito, y pompa de las frases, y de los Tropos. Estos deven asemejarse no à aquellos Mercaderes de grueso, que no suelen poner todo lo que tienen, por muestra, ò à la vista; sino antes

bien

bien à aquellos miserables Buhoneros, cuyo caudal consiste todo en una caja llena de cosas hermosas à la vista, pero que en substancia son niñerías, y cosas de risa, que con una sola ojeada se ven todas. Y sin embargo, ¿quien lo creyera? A esto se reduce el gran caudal de algunos Predicadores, à saber engordar sus Sermones, ahora de Metonymias, y de Metaphoras, ahora de Alegorias, ahora de Perifrasis, y de Synecdoches, &c. y con tal que logren hacer su Oracion graciosa, delectable, lucida, adornada, y elegantísima; se creen haver tocado con el dedo el Cielo, y que no hay en el Mundo Orador, que con ellos pueda compararse.

Para quitar tan pernicioso abuso, véase lo que diximos en el Prámbulo de la primera Parte de este nuestro Compendio al cap. 4. donde se demostró, que la gloria del Orador consiste en estas tres cosas; esto es, en la fuerza del persuadir, en la eficacia de ganarse los animos de los oyentes, y en la vehemencia del mover; y no ciertamente en el miserabilísimo caudal de poder causar en sus Oyentes un estéril, è infructuoso deleyte. Por esto à mas de lo que acerca de este particular se afirma alli en dos enteros paragrafos; aqui nos hallamos tambien obligados à restablecer nuevamente una verdad tan importante. Que por esto bolveremos de nuevo à repetir, que en solo el argumento consiste toda la arte, y que las demás cosas pertenecientes

à la Elocucion, son como adjuntos, apéndices, y adobos de la misma arte. Asi nos lo asegura Aristoteles lib. I. Rhetor. cap. 3. *Probationes enim sola ad artem pertinent; reliqua vero sunt adiumenta.* Y Ciceron *Ad Herennium* lib. I. cap. X. explicando, que el persuadir es el principal officio del Orador, al qual deven referirse, y ordenarse los demás, dice; que el persuadir consiste en confirmar, y en confutar; y que executadas estas dos cosas, se ha hecho todo aquello, que pertenece al officio de verdadero Orador. *Tota spes vincendi, asi èl, ratioque persuadendi posita est in confirmatione, & confutatione. Nam, quum adiumenta nostra exposuerimus, contrariaque dissolverimus, absolute nimirum munus oratorium confecerimus.* Y este es tambien el sentir de Quintiliano, segun refiere Mayoraggio: *Quintilianus enim, dice èl, solam probationem Oratori necessariam esse ostendit, quum alia omnia nonnumquam sine detrimento abesse possint.* Y el mismo Autor concluye el comento de las palabras de Aristoteles arriba citadas, con decir: *Concludendum est igitur, ex Aristotelis, Ciceronis, & Quintiliani sententia, solas probationes eas esse, quae naturam, & facultatem Artis Rhetoricae constituunt; reliqua vero, licet Artem adjuvent, non tamen ipsius esse propria, sed extrinsecus assumi, & eventa, atque accidentia esse; ac, velut ait Aristoteles, adiumenta. (a)*

La gloria pues del Orador deve consistir en lo fuerte de la Inven-

(a) Majoraggius in Aristot. Rhetor. lib. I. cap. 3.

cion, en el brio de los argumentos, en la vehemencia de insinuarle, ò ganarse el afecto, en la emphasis del mover, y en triunfar de las voluntades de otros. Para llegar à esta gloria, es necesario executar, lo que enseñan los Maestros, principalmente en las Controversias Oratorias, tanto por lo que mira al arte de conjeturar, y de exponer; como tambien al arte de confutar con la guia de las Controversias Asuntivas. A mas de esto deve usar singular diligencia el Orador en vestir sus argumentos de modo, que no se les quite aquella fuerza intrinseca, que deven tener, de persuadir, sino que se les añada, valiendose à ese fin, de aquellas formulas de decir, que son mas del caso para hacer el discurso mas acomodado para insinuarle, ò ganar la voluntad, y para la commocion de las pasiones. Para este solo fin enseña el arte los ornamentos, y las elegancias; y no, para que deva servirse de ellas el Orador para el unico blanco de rasgar las orejas de quatro Poetas desocupados. Esto no se llama querer conseguir la alabanza de verdadero Orador; sino la de mezquinitimo Humanista. Esto no se llama querer hacerse imitador de los Tulios, de los Demosthenes; sino que antes bien es querer seguir las pisadas de aquellos muchachuelos, los quales tambien logran alguna vez en las Escuelas el juntar no pequeño numero de elegancias. Esto es deshonar el caracter de Orador, es un infamar la Eloquencia sagrada con intolerable injuria de el ministe-

rio apostolico, con infinito detrimento de las almas redimidas con la preciosísima Sangre de Jesu Christo. Por esto aquellos Predicadores, que hacen gala de una arte tan desdichada, y pueril, se hacen despreciables para con todos los que, entendiendo en que consista el ser de Orador, tienen cùplido motivo de escarnecerles, burlarles, y de hacer bafa de ellos.

M. Tulio Ciceron, que hasta à este tiempo, y que hasta à la fin del Mundo será siempre tenido por el Principe de la eloquencia, se vale, no puede negarse, de las elegancias, y de las hermosas maneras de frasear; pero solo à tiempo, y en su lugar: esto es, quando conoce, que la materia lo requiere; quando vé, que de hacerlo de otra suerte, perderia su decoro la Oracion. Por esto distribuye èl tan bien asi las Metonymias, como las Metaphoras, y los demás ornamentos de los Tropos; que su hablar nunca sale afectado, ni se conoce en èl ostentacion de artificio demasadamente buscado, y pedido de limosna. Ni por esos adornos pierde su decir aquella fuerza, que tiene de conciliarse los animos, de mover, de persuadir; antes se aumenta, y aun se hace mas eficaz. Por lo qual, el que tuviere por mira à este grande, sumo, y divino Orador, à mas de aprender, como deva manejarse un argumento, sabrá tambien, como vestirlo. Nosotros, para facilitar su imitacion, hemos descubierto, en quanto ha permitido nuestra tenue capacidad, en nuestras Analisis hechas sobre sus divinas Oraciones,

nes, el arte, que él observó. Allí hacemos vér, y tocar con las manos, quando remonte él la Oracion con el uso de las Elegancias, quando la abaxe, valiendose de un decir puro, directo, y propio; de modo que será casi imposible, que el Lector no aprenda el arte así de llevar adelante un argumento, como tambien el de vestirlo con aquellas vestiduras, que en su lugar, y tiempo se le ajustan. Por eso, los que se han proveído de dichas nuestras Análisis, no necesitan de otra enseñanza, para aprender el buen uso de las Elegancias. Por eso los siguientes párrafos se enderezan à instruir à los que no se han proveído de ellas: esto es, para hacer, que aun ellos tengan alguna luz, que aproveche para encaminarles en esta grande arte de saberse servir de los ornamentos en las devidas contingencias; arte, quanto importante, tan ignorada de tantos sagrados, y profanos Oradores.

§. II.

Que uso haga de las Elegancias M. Tulio Ciceron en sus eloquentísimas Oraciones.

Primeraamente suele introducir M. Tulio las Elegancias en aquellos sitios, donde vé, y conoce, que son à proposito para poner à la vista una costumbre suya apta para procurarle la benevolencia. En la Oracion *Pro Roscio Amerino. num. IV.* en el Exordio, quiere poner el

à la vista su constancia, y su animo en defender aquella causa; y se vale de una no breve Alegoria tomada del peso. Y así, en vez de decir: Me he puesto à defender una causa muy dificultosa; pero sin embargo, si vosotros, Jueces, me escucháreys atentamente, me fatigaré por defenderla; y si no quisiereys hacerlo, no por eso dexaré de defenderla, hasta que pudiere; y à no poder mas, eso no obstante, quiero desempeñar mi obligacion, persistiendo en su defensa hasta el ultimo aliento; dice: „He cargado sobre mis ombros un peso mayor de lo que conozco, que puedo llevar. Este peso, si vosotros, Jueces, quisiereys en alguna parte aligerarme, me alentaré, quanto pudiere, à llevarle con diligencia, y fatiga; y aun, quando vosotros (lo que no temo) me desamparáreys, esto no obstante, no desmayaré en llevar la carga, que me hé hechado à ombros, quanto alcanzáren mis fuerzas; y si no pudiere llevarla, mas quiero caer debaxo del peso de mi obligacion, que, como pérfido, à desleal, hechar en tierra por falta de animo el peso, que se encargó à mi fé, y lealtad. „ En esta elegancia alegorica quien no vé pintado el corage, y ardimiento del Orador, y puesta delante de los ojos su constancia, y su firmeza. En gracia de la Alegoria, la causa, que se emprendió para defender, se concibe à modo de excesivo peso, puesto sobre las flacas espaldas de M. Tulio; el qual, por conocer que no tiene bastante fuerza para esto, pide se-

COR-

corrió à los Jueces, rogandoles que le dén la mano, y que le ayuden à llevar tan insoportable peso. En gracia de la Alegoria, parece verse, que el mismo Tulio lleva à pié fixo el grave peso, muy resuelto à llevarle, aun dado que nadie se mueva à ayudarle; y quando agobiado del excesivo peso, se vé precisado à caer, parece verle caído; pero siempre con el peso sobre sus espaldas. Todas estas imagenes pintan delante de los ojos, el corage, la constancia, y la fortaleza del Orador; las quales virtudes moviendo los Jueces à benevolencia acia el mismo Orador, hacen vér que la Alegoria Tuliana no tiene por unico blanco el solo, y miserable deleyte; sino antes bien la insinuacion, que tanto aprovecha para la vitoria de la causa. Y se valió de esta Alegoria el Orador en una ocurrencia tan oportuna, que parece que no la puso allí el arte, sino antes bien, que nació allí de la materia, y de la naturaleza de el concepto, que se devia expresar; de modo, que parece, que sin ella no hubiera podido expresarse entera, y adequadamente todo el mismo concepto.

Secundariamente se sirve Tulio de las Elegancias, quando conoce que pueden servir estas para bolver los Oyentes poco afectos, à averfos à la parte contraria, y sumamente apasionados à su causa. En el Exordio de la Oracion *Pro P. Quinctio. num. II.* quiere poner delante de los ojos la injusticia de sus Contrarios, por haverle precisado à defenderse, an-

tes de haver oído la acusacion; y se sirve de esta otra Alegoria. En lugar pues de decir: Yo, que devo responder al Acusador, me veo estrechado à hacer esto antes que él acuse, dice: „Yo, que devo quitar de las carnes los harpones de las saetas, y curar las heridas, me veo necesitado à hacer esto, antes, que haya vibrado dardo alguno el Contrario. „ Y profigiendo el hilo de la Alegoria, dice: „Que por eso le ha obligado à que hable antes, su Contrario, para que, dexando él después alguna objecion, ó cargo, à fuer de otro dardo envenenado, ya no quede lugar para el remedio, ni para poder formar los emplastros. „ En esta Elegancia, el Reo acusado se viene à concebir à modo de un hombre herido, y el Acusador à modo de un Balletero; y los cargos, ó acusaciones à manera de otros tantos dardos, ó saetas, y el mismo Ciceron se concibe, qual otro Medico, que tomó à su cargo el caritativo empleo de curar las heridas del Reo. Con estas imagenes, ¿quien no vé pintada la crueldad, la inhumanidad del Contrario, y la suma infidelidad en haver querido necesitar al Orador à defenderse antes de haver oído sus acusaciones? Los Jueces no pueden menos de conocerse conmovidos à odio, è indignacion contra los Contrarios autores de tal perfidia, è infidelidad; y juntamente no pueden dexar de sentirse conmovidos à compadecerse de la desgracia así de P. Quinctio, como del Orador, tan injusta, è iniquamente

Gg agra-

agravados. Esta Alegoria pues no sirve para solo rasgar orejas, como de ordinario sirven las Alegorias usadas de tantos Oradores; sino que antes sirve para empeñar los Jueces à favorecer nuestra causa, y ser averfos, y contrarios à la causa de nuestros Contrarios. Y viene ella usada tan à tiempo, que parece que nazca de la materia misma, y que la llamen las cosas ya dichas. De lo que nace, que el Oyente apenas advierta, que aqui hable el Orador con elegancia. Tanto mas, que, sintiendose conmovido de varias pasiones, asi de odio, como de compasion, no tiene tiempo, ni lugar de hacer reflexion sobre el ornamento. Y este es el verdadero uso de las Elegancias: esto es, servirse de ellas para ayuda asi de la insinuacion, como del movimiento de los afectos; siendo estas dos cosas, las que sirven mucho para ganar la causa. Y volvemos à repetir, que las Elegancias no han de usarse del modo, que las usan muchos: esto es, para sola pompa, y ostentacion de artificio buscado, y solo para delectar à quien escucha. Este no es hablar de Orador, sino de Humanista, y bien miserable: que por eso en vez de ganar aplausos, semejantes Oradores, deverian llevarse escarnios, y mofas publicas de los hombres sabios, y que entienden el arte verdadera.

En tercer lugar, se vale de las Elegancias, quando, narrado un hecho, se para à realzar su fealdad, à fin de hacerla mas, y mas acomodada para mover los afectos. En la nar-

racion de la misma Oracion *Pro P. Quinctio. num. VI.* refiere una traicion, que hizo Nevio à P. Quinctio; y la narra con tales circunstancias, que no puede dexar de mover el odio, y la indignacion en los animos de los Jueces contra el mismo Sexto Nevio. Sin embargo, à fin de añadir fuego, que es decir, à fin de moverles mayormente, se para el Orador à remontar la fealdad, y torpeza de semejante traicion; y para este efecto hecha mano de las Elegancias, con las quales expresa mucho mas el exceso de la referida fealdad, de lo que hubiera hecho, si se hubiera valido del hablar propio, directo, y natural. En lugar pues de decir: No hay oficio tan santo, que no lo atropelle el aváro; dice: „ No hay oficio tan santo, y solemne, que no suela disminuirle, y profanarle la avaricia. „ En la qual elegancia la accion de haver traspasado Nevio el oficio, y la ley de la verdadera amistad, y parentesco, se expresa con mucho mayor odiosidad con la accion Metaphorica de quebrantar, y profanar, las mismas leyes. Porque en fuerza de esa accion se viene à expresar que Nevio hizo à esas leyes el mal, que se haria à una inocente patria, robandole su candor virginal. Por lo qual, asi como una Virgen desflorada dexaria de ser tal, y no tendria mas esperanza de volver à adquirir su virginidad: asi Nevio con aquella indigna traicion suya, menoscabó, y aniquiló de suerte la amistad, y parentesco, que havia entre él, y P. Quinctio, que ya

No hay esperanza de que puedan volver jamás à ser de nuevo amigos, y parientes.

Para el mismo efecto introduce el Orador algunas Elegancias Metonymicas, entre las quales hay en el mismo num. VI. esta: „ Si la amistad se honra con la sinceridad; la compania con la fidelidad; y el parentesco con la piedad. „ Donde en vez de las voces concretas, amigos sinceros, compañeros fieles, parientes piadosos, se sirve de las voces abstractas, que tienen virtud para poner mas à la vista la perfidia, ò infidelidad de Sexto Nevio. Y la razon es, porque con esta calidad de voces se ponen inmediatamente en vista aquellas rectísimas leyes, que pisó, y llevó entre piés con aquella feísima accion suya Sexto Nevio: lo qual no se hubiera executado ciertamente, si en vez de las voces Metonymicas, se hubiera valido de las concretas. Añadase, que semejante elegancia Metonymica da al Orador todo el campo para hacer odiosísima la persona de Sexto Nevio con la siguiente expresion: *Necesse est, dice él, iste, qui amicum, socium, affinem, fama, ac fortunis spoliare conatus, vanum, & perfidiosum, & impium esse, fateatur.* Donde los adjetivos puestos en concreto, *vanum, perfidiosum, impium*, hacen à Sexto Nevio objeto de odio, y de abominacion. Nótese aqui de paso, que quando el Orador quiere poner à la vista la fealdad del vicio, puede valerle de los Adjetivos puestos en abstracto; mas, quando inmediata-

mente quiere hacer odiosa la persona viciosa, deve valerle de los adjetivos puestos en concreto. Pero de esto mas difusamente en otra parte.

En quarto lugar, se sirve de las Elegancias, quando se le ofrece querer poner muchas veces à los ojos la misma cosa apta para mover. En la Oracion *Pro Roscio Amerino. num. XXIII. y XXIV.* quiere expresar este concepto, que aquel, que mata à su Padre, no puede ni reposar, ni aun respirar sin miedo; el qual concepto le expresa de muchas maneras. Ahora dice, que à los parricidas los estimulan, ò punzan las Furias, de modo, que no hallan descanso alguno. Ahora dice, que si alguno se ensució, ò manchó sus manos con la sangre del Padre, y de la Madre, no solo no puede lavar la mancha; sino que esta le entra tan adentro en el animo, que él para en loco, y furioso. Ahora dice, que cada uno de estos es atormentado de su propio fraude, ò de su propia fraudulencia; que le da tormento su propia maldad; que sus malos pensamientos, y las conciencias del animo le espantan, y atemorizan. Ahora dice, que estas son las continuas, y domesticas Furias de los impios, las quales asi de noche, como de dia, piden, y buelven à pedir à los hijos malvados, y muy perdidos las penas, que dieron à sus Padres. Todos son modos elegantísimos, que hemos explicado ya en la Analysis hecha sobre esta Oracion; y les introduxo todos el Orador, à fin de poner mas y mas veces à la vista, el mismo con-

cepto apto para mover, y para dar grandeza al parricidio, y bolverlo à proponer ahora debaxo de un aspecto, ahora debaxo de otro; ahora debaxo de una imagen, ahora debaxo de otra. Y porque la cosa por sí misma sirve al argumento, y al movimiento de los afectos, sucede, que aqui las Elegancias introducidas para representar muchas veces la misma cosa, sirven ellas tambien así para lo uno, como para lo otro. Es verdad, que hacen adornada, ò primorosa, y bella, y agraciada la Oracion; pero esa calidad de ornamento, y belleza, y gracia, no tienen por blanco solo el deleytar, sino que van inmediatamente à mover. Y que hagan lo uno, y lo otro, esto no perjudica al Orador; ni su Oracion pierde por ese motivo su eficacia. El punto consiste en que los ornamentos tengan por unica mira el hacer mas fuerte el argumento, ò hacer mas eficaz la insinuacion, ò hacer el movimiento de los afectos mas vehemente: y que al mismo tiempo causen tambien deleyte, esto no solo no perjudica, sino que à veces puede ser tambien de provecho: pero, si los ornatos se introducen en aquellos lugares, en que no sirven para otro, que para deleytar solamente; entonces no se hace otro, que desconcertar, ò sacar de quicio toda el arte; que obrar inmediatamente contra la intencion de los primeros maestros, que dieron estas doctrinas; y finalmente ello es hacerse conocer por un hombre vano, que hace paño del viento; por

un hombre sin juicio, y que absolutamente no sabe el oficio, y profesion, que quiere exercitar.

En quinto lugar, usa Ciceron las Elegancias, no quando se pone à provar por via de conjeturas la existencia de un hecho; sino antes, quando se pone à exponer la qualidad de un hecho, y remontar su grandeza. En el segundo punto de la Oracion *Pro Roscio Amerino*, en un argumento no breve, con que demuestra que los Contrarios han muerto à Sexto Roscio, apenas se hallan tres Elegancias. Al contrario, en el segundo argumento del primer punto de la misma Oracion à *num. XIV.* donde el Orador se para à exponer la atrocidad de el parricidio, y en realzar su grandeza; se hallan mas de veynte y seys elegancias. Así mismo en el segundo punto de la Oracion *Pro P. Quinctio* à *num. XIX.* donde en el primer argumento demuestra, que el Procurador en Roma defendió à Quinctio ausente; en ese argumento, aunque sea muy extendido, y dilatado; sin embargo, con gran fatiga se trabaja para hallar solas tres elegancias. Al contrario, en el tercer argumento del primer punto de la misma Oracion, donde se mete à averiguar la fealdad de un hecho de Sexto Nevio, se hallan mas de veynte elegancias.

Por estas pocas observaciones hechas sobre solas las dos primeras Oraciones de Ciceron, que compuso èl en su edad juvenil, evidentemente se descubre, que èl, aunque joven en edad, sin embargo, era

ya

ya muy maduro en el seso, en el saber, y en el arte, à diferencia de ciertos Oradores, que, aun haviedo llegado à la edad decrepita, eso no obstante, en el uso de los ornamentos todavia se muestran muchachuelos tiernos, amantes solo de juguetes, niñerías, è ineptias, que para nada conducen. Nosotros no ponemos en disputa, que nuestro siglo haya llegado ya al finísimo artificio de saber formar elegancias: antes libremente confesamos, que llegó à esto, de tal manera, y con tanta felicidad, que absolutamente no es capaz de subir à mas alto grado. Lo que nosotros ponemos en contienda, es, que de este artificio no se hace el buen uso, que se deve, ni el buen uso, que se vé en las Oraciones de Ciceron. Condenamos pues el abuso solamente, y con razon; porque las bellezas, los saynetes del decir, son como los atavios, que se usan en el vestir: ahora, ¿qué se diria de una muger, que se pusiese à adornar los carcañales de sus piés con aquellos mismos adornos, con que acostumbra adornarse la cabeza? ¿Que à los zancajos se pusiese cintas, rizos, y polvos de Cipre, y pendientes, y cadenas de oro, y diamantes? ¿No moveria ella à risa à quantos la miráran? Pues las mismas carcañadas merece aquel Orador, que viste una narracion con aquel mismo primor, y adorno, con que ha adornado el Exordio; y adorna un argumento con aquella misma delicadez, y pompa, con que viste, y ador-

na todos los demás argumentos, sin la menor, aun imaginable, distincion. Así mismo, si una muger por demasiado ardiente deséo de parecer linda, se adornase, ò afeytase de modo el rostro, que este quedase del todo cubierto por la muchedumbre de los afeytes, y atavios; es cierto, que en vez de mover los mirones à codiciarla, antes los moveria à escarnecerla, y despreciarla. Así, à este mismo modo decimos, que se merece ser escarnecido, y despreciado aquel Orador, que de tal fuerte abulta los argumentos con el inmoderado afeyte, y adorno de las Elegancias, que realmente les hace perder del todo la fuerza de persuadir, que podrian tener. Y que esta calidad de Oradores, en vez de hacerse mofa, y escarnio de ellos, se lleven aplausos, y elogios, y sean canonizados por excelentísimos Oradores; esto es uno de aquellos arcanos, que nunca hemos podido penetrar. Por eso, para desmentir voces tan mentirosas, bastan solas las Oraciones de M. Tulio Ciceron. Mientras Dios dexare al Mundo este gran thesoro, havrá siempre un testigo apto para descubrir semejantes ilusiones, y engaños.

Si estas invectivas pareciéren demasiadamente frequentes à los Lectores, sepan tambien, que tenemos demasiado altamente estampado en el corazon el desterrar tan intolerable abuso de los Pulpitos. Y nos protestamos, que no cesaremos jamás de condenarle así en la voz, como con la pluma, y con los moldes,

Hg 3 por

por no ser justo, que esta gran Reyna de las artes, que ha puesto siempre su gloria en el triunfo de los corazones, deva estar ahora reducida à tal estado de abatimiento, que le convenga contentarse con poner su estimacion en las miserables cosquillas de solas las orejas. Que, si despues, à despecho de estas justas sobarbadadas nuestras, los Oradores defectuosos en esto, quisieren proseguir en el engaño, nosotros les aguardaremos, no ya al Tribunal de los primeros Maestros de esta arte; sino antes en aquel formidabilísimo Tribunal del eterno Juez, delante del qual, si se atrevieren à alegar en su disculpa, ò el engaño comun, ò su propia ignorancia; les daremos nosotros en rostro una solemnísima mentira, con el fundamento de haberseles descubierto ya el engaño, y desterrado de sus entendimientos aquellas tinieblas, en que han estado embueltos hasta ahora. En fin hagan reflexion semejantes Oradores, que, si un Medico se hace reo de muerte eterna con el descarte de los remedios, que sirven para la salud del cuerpo; ¿con quanta mayor razon se harán ellos dignos de las eternas llamas, huyendo de usar aquella solida, y varonil eloquencia, que ayuda, y aprovecha tanto para la salud de las almas redimidas con la preciosísima Sangre de Jesu. Christo?

S. III.

Del buen uso de las Elegancias Metonymicas.

Hablando en este paragrafo del uso de la Metonymia, nos protestamos en primer lugar, que hablamos principalmente de la de el adjunto de inhesion, por ser esta la mas frequentemente usada de los mejores Oradores. Hablando pues de esta, decimos, que el Orador ha de elevar los adjetivos del concreto al abstracto, como se usa en las Metonymias del adjunto de la inhesion, quando conoce, que es necesario poner à la vista las causas formales, que denominan los sujetos; y quando vé, que los adjetivos ofrecen la materia del discurso, y hacen la principal figura, ò papél. Entonces, para hacer entender bien la razon formal, que denomina los sujetos, sirve mucho el uso de la Metonymia de adjunto, esto es, el elevar los adjetivos al abstracto, y considerarles, como substantivos, y como causas eficientes.

Ciceron en el Exordio de la Oracion *Pro P. Quinctio num. I.* en lugar de los adjetivos en concreto, se vale de los adjetivos en abstracto, y en vez de decir: Hortensio eloquentísimo, y Sexto Nevio favorecidísimo; dice: La suma eloquencia de Hortensio, y la suma gracia, ò valimiento de Sexto Nevio. La razon de esto es, porque los adjetivos sirven de materia, y de sujeto del dis-

cur-

curso, en quanto el intento del Orador es exponer los perjuicios, que tiene su causa; entre los quales hay estos dos, esto es, el arte finísima de orar, de que se halla proveído Hortensio; y las protecciones de los principales de Roma, de que gozava Nevio. Ahora pues, siendo estas dos cosas sujeto, y materia del Exordio, el Orador las puso à la vista con el hablar metonymico, y considerandolas, como dos cosas por sí subsistentes, capaces de varias acciones, y pasiones. Verdad es que el hablar metonymico, hace adornado, elegante, y del todo magestuoso el principio de dicho Exordio; mas no se valió de este ornamento por solo este miserabilísimo fin el Orador; sino antes bien con el unico, y principalísimo fin de poner bien à la vista dos poderosísimas qualidades, que se hallavan en sus Contrarios; por las quales se hacen ellos tan superiores à él, que tiene entero motivo de temer, que no podrá defender la equidad de la causa, que emprendió.

Por lo contrario, quando, alabando, ò vituperando à alguno, los adjetivos no deven hacer el oficio de causa eficiente, ò formal; sino que solo deven qualificar el sujeto, y hacerle apto para mover las pasiones; entonces no tiene lugar el uso de la Metonymia de adjunto, y los adjetivos deven dexarse en concreto. En el mismo Exordio de la Oracion *Pro P. Quinctio num. II.* quiere hacer odiosos à los Contrarios de P. Quinctio, y les carga de superlativos

enunciados en concreto, y dice: *Hujusce aetatis homines disertissimos, ornatissimos nostrae Civitatis; qui communi studio, summis opibus, Sextum Navium defendunt.* Aqui por eso dexó los referidos superlativos en concreto, porque ellos no son, de quienes principalmente se hable; sino que antes bien los sujetos, à quienes se atribuyen tales superlativos, son los que el Orador quiere poner à la vista, y hacerles objetos de odio; y aun por eso les carga de adjetivos, y de superlativos puestos en concreto.

Vamos à otro exemplo: En el Exordio de la Oracion *Pro Roscio Amerino num. I.* dice Ciceron: „Yo creo, Jueces, que vosotros os admirays, pensando de que deverá nacer, que, estando sentados tantos famosísimos Oradores, y nobilísimos Ciudadanos, solo yo entre todos me haya levantado à hablar. „ Si algun Orador sagrado huviera havido de expresar un concepto semejante, en vez de traerle con terminos concretos, como lo hizo Ciceron, le huviera expuesto con terminos en abstracto, valiendose de el ornamento de la Metonymia de adjunto, y huviera dicho: Yo créo, Jueces, que vosotros os admirays, pensando de que nacerá, que tanta eloquencia, y nobleza esté aqui presente, quieta, y sentada, y sola mi cortedad se haya levantado para hablar, &c. Y con hablar así, le parecería, que podia andar hinchado, y altanero; y aun, que podia jactarse de que havia tenido el caudal de saber vestir con ma-

Gg 4

yor

yor belleza, y primor el concepto, que lo huviera hecho M. T. Ciceron. Pero quanto se huviera engañado, si lo creyera así! Porque Ciceron, dexando à parte semejante adorno, manifestó un gran juicio, y una suma advertencia; al paso que, al contrario, con el uso de ese ornamento demostraria una grandissima ligereza, y una verdadera ignorancia; y hé aqui de ello la razon. Querria quitarle Ciceron el perjuicio de defender èl aquella causa, quando tantos Abogados, que se hallavan alli presentes, más antiguos, que èl, así en los años, como en el oficio Oratorio, havian rehusado el defenderla; y querria quitar de los animos de los Oyentes la admiracion, nacida en ellos por ese motivo. Ahora es cierto, que la causa, que movia semejante admiracion, no fué el ver estarle sentada quieta la eloquencia de los demás Oradores, y hablar solamente la cortedad de Ciceron; sino antes bien haver visto tantos eloquentísimos Oradores, y nobilísimos Ciudadanos, que se hallavan presentes, estarle todos quietos, y no levantarse ninguno de su asiento, fuera de Ciceron, joven en los años, y en el exercicio de arengar inexperto; y esto es, lo que con modo directo, y propio deve expresar el Orador; y si Tulio se huviera regulado de otra suerte, huviera incurrido la tacha de inconsiderado, y de necio.

El uso de la Metonymia, tiene principalmente lugar en aquellos puestos, donde el Orador habla en

general, y por via de sentencias; porque de hecho las sentencias con el hablar metonymico salen más agraciadas, más vivas, y expresan mejor el concepto, que lo harian traídas sin el ornamento de la Metonymia. En la segunda Oracion hecha en defensa de Sexto Roscio Amerino, Ciceron *al num. XXVII.* en vez de decir: En la Ciudad se crian los luxuriosos; de los luxuriosos los avaros; de los avaros los atrevidos; y de los atrevidos provienen todos los malvados; dice: „ En la Ciudad se cria la luxuria; de la luxuria es necesario que proceda la avaricia; que de la avaricia salga con impetu la osadía; y que de la osadía nazcan todas las maldades. „ Aqui la sentencia traída con elegancia Metonymica, expresa, limpia, y adecuadamente todo el concepto; y la razon es, porque con el hablar metonymico solamente se pusieron en accion las razones formales, por las quales son avaros los avaros, los atrevidos son atrevidos, los luxuriosos son luxuriosos; y estas solas son, las que absolutamente deven exponerse, ó expresarse. Si Tulio, en vez de hablar en abstracto, huviera hechado mano del hablar en concreto; junto con las razones formales, por las que los luxuriosos son luxuriosos, los avaros avaros, los atrevidos atrevidos, &c. huviera explicado tambien la razon formal, porque los avaros, los atrevidos, los luxuriosos son hombres; y una razon formal semejante nada tiene realmente que hacer con la expresion

cion del concepto, que intenta expresar el Orador.

Así mismo, quando el Orador habla en general, y por via de sentencia, suele usar alguna vez las Metonymias indeterminadas, que es decir, no limitadas con voz alguna concreta. Pero esto acaéce solamente en aquellos lugares, en que el uso de semejantes Metonymias sirve para la mayor expresion del concepto, y nada perjudican à la claridad de la Oracion; porque, si fuera de otra suerte, este uso seria reprehensible. En la primera Oracion hecha en defensa de P. Quincio *al num. XXX.* Ciceron, en vez de decir: Si un pobre, y rustico Labrador pueda defenderse de los malos; ò tambien, si un miserable, y pobre se entregue desnudo en su poder; dice: „ Si acaso aquella simple, è inculta parsimonia Labradora pueda defenderse contra la luxuria, y contra la licencia, ò desahogo; ò si desfigurada, y despojada de todos sus haveres, se entregue desnuda à la codicia, y à la desvergüenza. „ Ciertos es, que la Metonymia indeterminada, expresa mucho más la universalidad de aquel mal publico, que se seguiria, si los Jueces dieran sentencia à favor del Contrario, de lo que podria explicarse, no usando semejante modo de hablar.

En la misma Oracion *num. XXXI.* en vez de decir: Conoceréys, que en esta causa altercan desde el principio un poderoso, y un atrevido, con un miserable, è inocente, dice: „ Entenderéys, que en esta causa

altercan desde el principio la codicia, y el favor, ò osadía, contra la pobreza, è inocencia. „ Lo mismo dice al principio del *num. XXX.* Donde el hablar Metonymico indeterminado expresa con mayor grandeza el concepto, porque hace que los Oyentes conciban, que de los dos, que lidian juntos en esta causa, en el uno se halla toda la infidelidad de los malos; y en el otro toda la bondad de los inocentes. Y así, quando la Metonymia indeterminada sirve para la expresion emphatica de el concepto, y no perjudica, ni en un ápice, à la claridad de la Oracion; entonces es loable su uso.

Más, universalmente hablando, quando el Orador usa el hablar metonymico, ha de procurar limitarlo con alguna voz concreta; como, en vez de decir: La fortaleza es, la que se gana las palmas; decir: La fortaleza de aquel Capitan, es la que se gana, y lleva las palmas. Esta advertencia hará, que no parezca que el Orador hable en abstracto, y que no dé acciones, y pasiones al Idolo, ò especie, sino tanto, quanto conocen los Oyentes que aquel hablar tiene relacion al concreto; y que la expresion del concreto en abstracto, por lo que precede, y por lo que se sigue, hace relacion al concreto. Que por eso deve entremezclar el Orador tantas palabras, que limiten el hablar en abstracto, que al oyente parezca, que aquel hablar es en concreto; para que de ese modo el discurso se haga puro, y no muestre afectacion alguna de eloquencia.

§. IV.

Del buen uso de las Elegancias Metaphoricas, y Alegoricas.

A Cerca de el buen uso de las Elegancias Metaphoricas, y Alegoricas, tenemos poco que añadir, habiendo dicho sobre esto varias cosas así en los Capítulos segundo, y tercero, como en el paragrafo segundo de este mismo Capítulo. Solo añadiremos aquí, que por causa del abuso de las Metaphoras, y de las Alegorias, que practicaron la mayor parte de los Oradores del siglo pasado, han llegado estas hoy à tanto descrédito para con algunos, que creén ser hasta vicio, el querer valerse de ellas. Por esto nosotros, bien que concedemos ser dignas de toda reprehension las Metaphoras, y las Alegorias, que usaron los mencionados Oradores, no por eso juzgamos merecedoras de igual desprecio, las que usaron los Oradores excelentes, y mayormente Ciceron, Demosthenes, Señeri, y otros muchos famosos Oradores. Son dignas de reprehension las Metaphoras usadas de la mayor parte de los Oradores del siglo pasado; porque las usaron fuera de todas las reglas, y sin aquella necesaria proporcion, que indispensablemente deve hallarse entre la voz transportada, y la voz propia, en lugar de la qual se pone la transportada.

A mas de que entre los Oradores citados, parece, que no se admitian

otras Metaphoras mas, que las que consisten en servirse de un sujeto en lugar de otro sujeto; las quales Metaphoras, aunque las haya usado alguna vez Ciceron, y los mejores Oradores; mas esto sucede raras veces, y no con aquella demasia, frecuencia, è inconsideración, que practicaron los Oradores del año mil seyscientos acá; los quales no tenían dificultad alguna en llamar al Sol ventana del Cielo, ò tambien ojo del Mundo, y otras desatinadissimas Metaphoras, de que estan llenas sus composiciones. Antes bien se hallará haver llamado alguna vez Ciceron à Verres, ahora tragadero, ahora calamidad, ahora peste; y haver llamado su ruindad, y malicia, un incendio; su Legacia, heces, ò escoria de Legacion; y à sus Ministros perros. Mas en estas traslaciones de un sujeto en lugar de otro, se vé allí el juicio del Orador, y la devida proporcion; y no se advierte de otra fuerte aquel despropositado hablar, que se vé en las transportaciones de sujeto à sujeto, que usaron los referidos Oradores.

A mas de esto, las Metaphoras, que consisten en transportar una accion en lugar de otra accion, son tantas en numero, en todos, y en los mas afamados Oradores, que no solo no merecen ser condenadas; sino antes ser tenidas en grandissimo aprecio, en quanto sirven maravillosamente para expresar los conceptos con modos vivos, emphaticos, y exagerativos; lo que todos podrán vér por los exemplos, que abundan-

te-

temente se han propuesto en el Capítulo segundo.

Que, si el Letor, no contento con los exemplos allí recogidos, quisiere correr las Oraciones de Ciceron, hallará que èl se sirve de semejantes Metaphoras, à fin de añadir fuerza, y emphasis à las expresiones del concepto, que expresado con las palabras propias saldria desmayado, y gateando por tierra; y expresado con palabras metaphoricas, adquiere brio, grandeza, y magestad. A mas de que, hallará, que parecen tan bien las Metaphoras, que de ninguna manera se vén en ellas afectaciones; antes parecen palabras propias, que introduxo la necesidad, y no el arte, en quanto parecen necesarias para la perfecta, y adecuada expresion del concepto. Este es el verdadero artificio de usar las Metaphoras: esto es, valerse de ellas, de modo, que parezca à los mismos Oyentes que la materia de el concepto no se huviera expresado adecuadamente con las palabras propias, y que por eso fuera necesario valerse de las transportadas.

Lo mismo deve discurrirse, hablando del uso de las Alegorias, no siendo estas otro, que continuadas Metaphoras. Por eso à mas de lo dicho hasta aqui, es necesario advertir al Orador, que el uso de las Alegorias deve ser mucho mas moderado, que el de las Metaphoras, y esto, para huír de la obscuridad, que podria causar en una Oracion la muchedumbre de las Alegorias. Que, aunque respeto de las Metaphoras

pueda alargarse mas la mano, esto no obstante, es necesario, que el Orador se acuerde de el dicho del Sabio, *Ne quid nimis*; y esto no solo en atencion al uso de las Metaphoras; sino tambien de las Metonymias, y de todos los demás ornamentos de decir, como una, y muchas veces hemos inculcado en los paragrafos antecedentes.

Para aprender bien el artificio de saber formar las Elegancias, juzgamos que devan bastar los conocimientos, que hemos dado, y los exemplos, que hemos traído; pero, para llegar de lleno al otro importantissimo artificio de saber valerse de las Elegancias en su lugar, y tiempo, donde, y quando conviene; decimos que este ha de entrefacarse de las Oraciones de Ciceron, y por consiguiente de nuestras Analysis hechas sobre las mismas Oraciones. Y qualquiera que quisiere tomar otra guia en este camino, correrá peligro de engañarse; y aun de perderse seguramente, sin esperanza de poder llegar jamás à hacerse dueño de ese artificio, que es el maximo de el arte, y el que hace distinguir un Humanista de un Orador, y un eloquente falso de el verdadero. Nosotros, atendiendo à esto, haviamos resuelto valernos, aun en este segundo Tratado, de solos los exemplos tomados de las Oraciones de Ciceron; pero, reflexionando sobre la obligacion, que nos corre, de mostrar todo el aprecio, y veneracion à aquellos, que han sido los Padres, y los Cultivadores, ò Con-

fer-

servadores de nuestra lengua; hémos mudado de sentir, hechando antes mano de los exemplos tomados de el Decamerón de Juan Bocacio, y de las Oraciones de Monseñor de la Casa. Sin embargo, no puede negarse, que entre el frasear Tuliano, el frasear de un Bocacio, y de la Casa, hay una grande, y considerable diferencia. En las Elegancias del Orador Latino se dexa ver una labor varonil, solida, fuerte, expresiva, enphatica, que se encamina à hacer, que el concepto se impresione en los entendimientos de los oyentes; quando en las Elegancias de los citados Autores Toscanos ninguna de estas cosas puede admirarse. Ni hay que aturdirse de

ello, porque estos en su frasear únicamente se propusieron el deleyte, ò recreó solo; al paso que Ciceron principalmente se ideó dar realce, y grandeza al concepto, y al objeto, que mueve las pasiones. Por eso, no se descuyden nuestros Lectores de proveérse de nuestra Obra Analytica; y esto, no solo por el expresado motivo; sino tambien, porque con la gran ventaja, y provecho de examinarse las Oraciones enteras, se dan conocimientos practicos, y tales, que no se pueden dar en un Compendio con sola la ayuda de los exemplos despedazados, y tronchados, tomados de varias Oraciones.

FIN DEL TRATADO

SEGUNDO.



TRA-

TRATADO TERCERO.

DEL PERIODO.

EN los tiempos antiguos esta-
va en uso un cierto estilo charlatán, que Aristoteles llama Oracion pendiente, y quizá con palabras buenas, y elegantes; pero sin consulta alguna de los oídos, sin respiracion medida, con un curso verbofo, y uniforme, y perpetuo, de clausulas largas, semejante al ronco canto de las Cigarras. No hacian jamás punto firme, que no se acabase enteramente la materia; de modo, que al sujeto no parece que lo manejaba el decidor; sino al decidor el sujeto; y pensando el oyente haver llegado al fin, todavia no havia llegado à la mitad, y despues de largas bueltas, si llegava tambien finalmente al punto, aplaudia al Orador, no por lo que havia dicho, sino, porque havia callado. Thrasy-maco fué el primer ingenio, que comenzó à desmenuzar la masa de las clausulas en breves Interválos, llamándolos Periodos, esto es, emboltorios, ò rebueltas; respirando à menudo, y bolviendo al principio. Ahora estos Periodos redondos, aunque corriesen sonoramente con una sola tirada de pluma; y escondiendo à menudo, à fuer de sierpes, la

cabeza en la cola, guardasen el verbo para el fin; eso no obstante, halló el una secreta modulacion en el principio, en el curso, y en el fin, que llenava los oídos de nueva, y admirable dulzura. Y porque es cosa facil, añadir à las invenciones, ò descubrimientos de otros, Gorgias Leontino, mas diligente observador, fabricó de estos Periodos redondos, Periodos concisos, cortandoles en Clausulitas pequeñas llamadas Miembros, y Articulos, graciosamente correspondientes, y medidos entre sí. Ciceron en sus primeras Oraciones se valia de Periodos redondos; mas en las ultimas, como en las Philipicas, mudó de dictamen, y se valia de Periodos concisos; y confesando su hermosura en odio de los redondos, ya una vez familiares, y favorecidos suyos, dixo: *Jucundior est Periodus, si est articulis, membrisque distincta, quam, si continuata, & producta; quia suas respiraciones habet, & mens respirat cum Oratore: deinde magis dilucida est, quia memoria facilius tenetur, & magis patet.* Lib. III. De Oratore cap. XLVIII.

CA-